

**LA NOVELA  
CORTA**

*Reyes*

**LA PENSION  
IDEAL**

20 cts.

**COLOMBINE**

N.º 371

**LA NOVELA CORTA**

**ESTA OBRA NO SE PRESTA**

ADMINISTRACIÓN: MADRID — CALVO SANSÓ, 3. — APARTADO 8 008. — TELÉFONO J 624

Director: JOSÉ DE URQUIA

Madrid 13  
Ene. 1923

**MIS MEJORES CUENTOS.**—Interesantísima serie, compuesta de **ca or- ce volúmenes**, en los cuales están coleccionadas las mejores novelas breves de los más ilustres escritores, los cuales, en el **prólogo-autógrafo** que precede a cada volumen, declaran que las novelas que en el libro se publican están reputadas por ellos como las mejores de todas las suyas.



**VAN PUBLICADOS**

**Vicente Díez de Tejada.  
Manuel Linares Rivas.  
Rafael López de Haro.  
Francisco Villaespesa.  
Eduardo Zamacoís.  
Pedro de Répide.  
Emilio Carrere.  
Joaquín Belda.  
C. de Pardo Bazán.  
Federico García Sanchiz.  
Vargas Vila.  
Cristóbal de Castro.  
Alvaro Retana.**

**PRECIO DEL TOMO: 3,50 PTAS.**

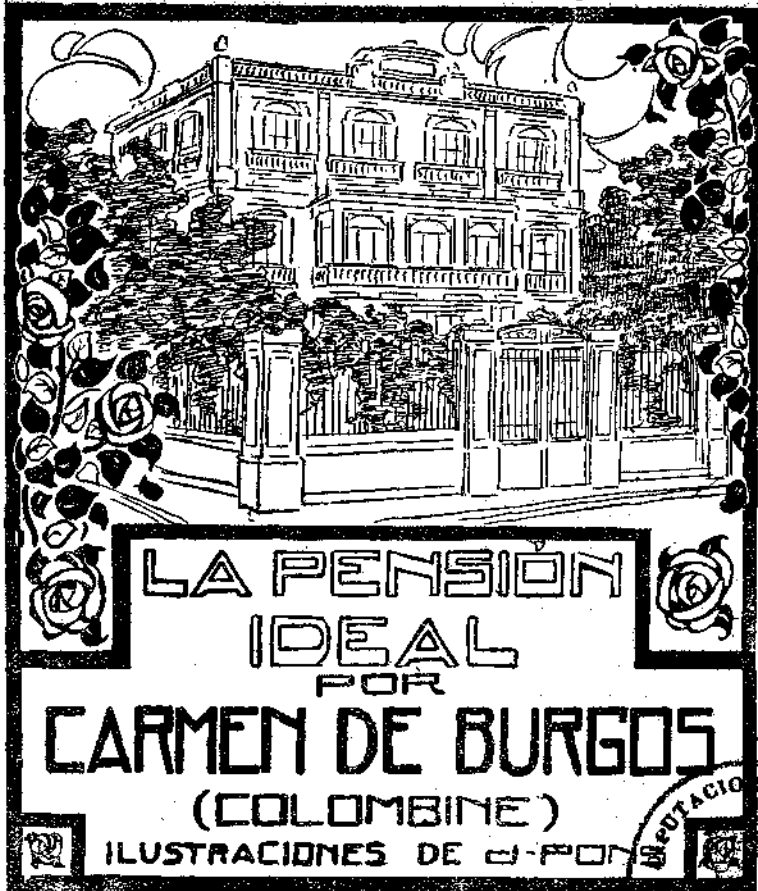
Pídanse en esta Administración y en las principales librerías.

**La novela TEATRAL**

publicará mañana domingo el juguete cómico en tres actos, adaptado al castellano por

**Joaquín Belda y Vicente Lleó**

**20 céntimos.**



## I



El habían quedado sorprendidas, además de desconso-  
ladas, con la muerte del padre. Era como si no hubie-  
sen pensado nunca en que podía morir. Pasados los  
primeros días de dolor y de angustia, en los que no  
fueron capaces de pensar en nada, se encontraban frente al problema de  
cambio de vida que se imponía, no pudiendo ya contar con los ingresos  
del trabajo de don Fermín.

Este, aunque no era un abogado muy notable, ganaba lo necesario para mantener la casa con decencia, gracias a que era hombre sin vicios, ya que doña Juana era el colmo de la economía. Una hacendista maravillosa.

Los dos esposos tenían tal concepto de las obligaciones que contraen los padres, al traer hijos al mundo, que se habían convertido en los servidores de los suyos.

Don Fermín se levantaba temprano y se acostaba tarde, estudiando sus asuntos, haciendo los escritos y sacando él mismo las copias necesarias para ahorrarse un pasante. Durante todo el día estaba ocupado con clientes, juzgados y audiencia. Su único rato de diversión consistía en irse, después de comer, una horita al café de la Glorieta a tomar su tacita de brebaje y fumarse un puro de a cuarenta al lado de la ventana, recreando su vista en la contemplación de las muchachas que pasaban. Pero hasta allí solían ir a buscarlo los clientes, para no dejarlo descansar.

Doña Juana, por su parte, no tenía tampoco punto de reposo. Con una sola criada le bastaba para todo el servicio, gracias a su celo infatigable. Trabajaba al par de ella, y más que ella en todos los quehaceres de la casa. Sobre todo hacía las compras, corriendo a pie medio Madrid para hallar el pan del día anterior, la carne y los garbanzos cinco céntimos más baratos.

Se hacía todo en casa; lavado, planchado, costura. Era en esto último en lo que a regañadientes ayudaban las cuatro hijas, obligadas por la necesidad a no dar todas sus galas a la modista.

Las habían educado muy a la española. Doña Juana les dió el pecho a las cuatro y luego las tuvo en la casa, sin querer dejarlas ir al colegio, ni enseñarlas a hacer nada.

Mimaditas y caprichosas, rechazaban la comida ordinaria, exigiendo cada una la golosina que más le apetecía. Hubiera sido necesaria una doncella para cada una, y la madre les servía a todas, que en lugar de agradecerse le exigían los servicios como una cosa obligada.

Se habían hecho cuatro *señoritas inútiles para todo*, como solía decir el padre, con gran escándalo de doña Juana, que defendía a los pedazos de sus entrañas.

El caso era que las cuatro chicas no tenían idea de la vida. Sin cultura, sin ideales, sin ocupación ninguna, vegetaban ansiosas y aburridas a un tiempo mismo.

Sentían la inquietud de figurar, de llamar la atención, de lucir su hermosura y encontrar marido, único fin que se les proponía en la vida. Así es que el contraste entre sus egoísmos y sus deseos, con el medio en que se encontraban, las hacía descontentadizas, desagradables; se peleaban unas con otras y todas se sentían desgraciadas, tornando estéril el sacrificio de los padres para hacerlas dichosas.



Casilda, Marta, Rosalía y Enriqueta eran bonitas, nada más que bonitas. Entraban en el número inmenso de muchachas jóvenes, frescas, que agrada mirar y que no se recuerdan después. Eran angelicalmente cursis, preocupadas con la corrección, la elegancia, la silueta; y se imponían toda clase de privaciones con tal de presentarse compuestas y acicaladas

Consentían en estar meses enteros sin salir de la casa si no tenían para presentarse bien perfiladas en todos los detalles.

Su mayor lujo era su Hotel. Lo había hecho la madre a fuerza de economía, de cábalas, de combinaciones. Pagando a plazos a los maestros de obras, hipotecando... el caso era que tenían aquel Hotel, con su hermoso mirador de piedra y su jardín detrás de la verja, tan gracioso y bonito, que parecía uno de los más bellos Hoteles de Madrid.

Las chicas sentían orgullo cuando los pollos que las seguían se quedaban parados ante la verja. Con ese desconcierto de los *encerradores* al perder de vista a la que van siguiendo.

¡Era tan airosa su situación entrando en un Hotel así!

Les hubiera dado mucha vergüenza meterse en una de esas casas antiguas de barrio, con el portal sucio, la escalera cubierta con pedazos de estera viejos, y los balcones llenos de ropas tendidas, goteando sobre la acera.

Toda la distinción de una figura bonita se perdía al verla desaparecer en un portal así. Se asomaban con orgullo a la ventana, entre el marco de las enredaderas y cuidaban de dejar la luz encendida para que se vieran los muebles desde la calle.

Los muebles habían sido el capricho del padre. Don Fermín gastaba sin duelo en muebles. Todo lo que podía haber economizado se lo gastó en muebles. Y lo peor era que aquellos objetos tan costosos no tenían un valor real al venderlos. Los que no eran muebles de bazar, eran imitaciones de muebles antiguos, de esos que desdeñan los ricos a no ser que se los ofrezca un anticuario. Cosas que habían costado muy caras y se vendían en montón por casi nada a un prendero.

Don Fermín no había muerto de repente. Tuvo una de esas enfermedades crónicas que acostumbra a la familia a oír las quejas del doliente sin hacerle ya caso; pero que son como una sentencia de muerte a plazo fijo.

Y sin embargo, la muerte del padre las sorprendía. Entre sus lágrimas y sus gritos, se habían ocupado de las esquelas y del lujo del entierro, porque era *el último homenaje*, orgullosas de dar a conocer los títulos del difunto, la cruz y las medallas conquistadas, y hacer ante sus amigos la ostentación de su dolor y de su lujo.

Después, ayudadas por amigas complacientes, lo primero que pensaron fué en el duelo. Un luto ostentoso, de nuevos ricos, con muchos metros



de crespón inglés y largas *penas* en los sombreros. Le pusieron luto a la criada, al hombre que venía todas las semanas a regar el jardín; y cubrieron espejos y retratos con gasas. Le dijeron misas solemnes.

Cuando acabaron todas aquellas *obligaciones* que las distraían, y doña Juana hizo balance, después de pagarlo todo, se quedó aterrorizada.

Llamó a las hijas a capítulo. Casilda, Marta, Rosalía y Enriqueta, enlutadas, sentadas alrededor de la mesa del comedor, donde continuaba vacío el sitio del padre, que ninguna se había decidido a ocupar, aunque ya habían mandado quitar su gran sillón presidencial, se preguntaban unas a otras:

—¿Qué hacer?

Doña Juana les había dicho que no quedaban más que unas dos mil pesetas en su poder. Ya no llegarían los ingresos que el padre les daba todos los meses, cuando la esposa y él hacían el presupuesto de gastos. Ya cuando sonaba el timbre experimentaban el miedo de que fuese un nuevo acreedor, en vez de la alegría con que veían entrar antes a los que iban a consultar a don Fermín, sabiendo que cada uno de ellos dejaba un billete de Banco sobre la mesa.

¿De dónde iban a llegar ahora los ingresos para sostenerse? Ninguna de ellas sabía hacer nada. Su *educación de adorno* no les servía para nada. Se quedaban sorprendidas de cómo no habían pensado jamás en que pudiera llegar aquel momento. Habían vivido como si tuviesen una situación sólida que las pusiera a cubierto de toda necesidad. Se miraban unas a otras, desconcertadas, preguntándose ante la urgencia de resolver el conflicto.

—¿Qué hacer?

En el espíritu de todas brotaba la misma respuesta que ninguna se atrevía a formular.

—¡Vender el hotel!

¡Vender el hotel!

Les parecía una idea absurda, como una idea suicida. No podían pensar en vivir sin su hotel. Se había convertido para ellas en algo semejante a la concha del caracol. Arrancarlas de la casa que ha ido creciendo con ellas, a su medida, como la túnica incansable de Cristo, era dejarlas mutiladas, desolladas.

Sí. El hotel había ido creciendo unido a ellas. Recordaban los sueños que oían a sus padres, siendo pequeñuelas. Las visitas al solar, en el que jugaban, sintiéndose en una tierra suya más satisfechas y completas. Habían visto cavar aquella tierra para afinar los cimientos. Guardaban el recuerdo de los planos, sobre los que sus padres estudiaban las líneas. "Aquí el cuarto de baño... Este el comedor... Allí las habitaciones de las niñas".

Los oían en ocasiones disputar y casi pelearse por dónde había de estar



la cocina, o por si era preciso que hubiese una cueva o un depósito de carbón.

Y luego la alegría de ver la casa construída. De entrar la primera vez bajo su techo... El ir amueblándola, como si en vez de ser una comodidad para ellas el mobiliario fuese el vestido de la casa.

Cómo, poco a poco, había ido el hotel perdiendo lo verde de su novedad para ir madurando y adaptándose a ellos. Indudablemente le habían infundido una vida con su propia vida. El jardín estaba lleno de arbolitos y flores que ellas mismas habían sembrado o visto plantar y crecer. Parecía imposible la parte que todo aquello ocupaba en su espíritu. No, no era posible vender su hotel. Hasta el recuerdo de su padre lo prohibía. Estaban sus restos enterrados lejos de allí, pero era en el hotel donde quedaba flotando su recuerdo, su espíritu; se conservaba la huella de sus costumbres.

Todas estuvieron acordes para responder, antes de formular le pregunta.

—No, no es posible vender nuestro hotel.

Entonces comenzaron las deliberaciones.

Casilda tenía dotes de buena dueña de casa, con un poco que le ayudaran podrían pasar sin la criada. La madre haría la compra.

—¿Pero y los días de visita?—observó Enriqueta—. ¿Es cosa de abrir nosotras mismas la puerta viviendo en un hotel?

—Ese día se tiene un muchacho que venga solo para eso y sale barato—atajó Casilda.

—Bien... si tienes vocación de hacer eso...—respondió Enriqueta—. Yo, por mi parte, no puedo desempeñar un trabajo personal sin ponerme enferma.

Era la más pequeña, la más rubia, la más bonita y la adoraban todas.

—Si no es que tú lo hagas...

—Pero piensa cómo se te van a poner las manos.

—Con guantes de goma no hay cuidado.

—Si a lo menos aquí hubiera los adelantos del extranjero—dijo Marta, la más aficionada a la lectura y al estudio, que había aprendido idiomas y se la daba de culta—. Tratan de simplificar el trabajo por medio de máquinas.

—¿Y no os dará lástima despedir a Sebastiana?—exclamó Rosalía, la más sentimental de las cuatro.

Se quedaron todas pensativas. Era verdad. Sebastiana, que fué niñera de Marta, era ya vieja y después de veinte años una institución en la casa.

—Seguramente si ve que no tenemos renunciará al salario—añadió Rosalía.

—Una boca más inaporta poco—transigió Casilda.

Entonces interrumpió la madre.

—Pero es que no se trata de administrar lo que tenemos sino de que es preciso hacer para ganarlo.

La conversación se reanudaba cada sobremesa con el mismo tema.

Empezaban las privaciones. Primero se suprimió el postre, después el principio, la carne del cocido... No se comía más que para sostenerse y el dinero se consumía rápidamente.

—¡Está tan caro todo!—suspírala doña Juana—; con lo que antes se vivía tres días no alcanza ahora para uno.

Marta quería dar lecciones. Rosalía se decidía a hacer flores, coser o bordar para las tiendas. Enriqueta hablaba de dedicarse al teatro y Casilda de ser telefonista o tener un empleo.

Tuvieron unos días de animación, de encanto, pensando en sus nuevas profesiones... la vida que harían, lo que iban a ganar. Enriqueta se entusiasma pensando en sus trajes de primera actriz. Tendría doncella, automóvil...

Pero por más que hacían no encontraban la manera de comenzar sus trabajos. Ni Enriqueta seducía a los empresarios con su presencia, ni las influencias servían a Casilda para encontrar empleo, ni Marta hallaba una lección. Rosalía bordó unos tapetes que le expusieron en una tienda de modas y por los que nadie ofreció lo que los materiales le habían costado. No le daban trabajo en ninguna parte porque veían que le faltaban la pericia y la práctica de las obreras. A Marta le ofrecieron un puesto de acompañante de unas niñas. Fué todo lo que se pudo encontrar.

Las alhajas y los vestidos comenzaban a desfilarse hacia una de esas casas de empeño que funcionan clandestinamente, después de haberlas prohibido, y que lo único que hacen, para cumplir la ley, es no tener la responsabilidad que asumían antes y no dar resguardo ni papeletas a las desdichadas a quienes la miseria obliga a confiarles sus efectos.

La fuerza se imponía. No era posible conservar el hotel. Había que decidirse. Se lo dijeron primero tímidamente... a media voz.

—Hay que vender el hotel.

Para consolarse forjaban planes de lo que iban a hacer con el dinero, no sólo del hotel, sino de los muebles lujosos, que les eran innecesarios y no cabrían en el pisito de buena apariencia, que pensaban alquilar.

Primero se hizo correr la voz entre los amigos. Luego se pusieron anuncios en los periódicos. Iban a verlo corredores que les pedían comisión; señores que les hacían coro a sus alabanzas y no volvían más.

—Es preciso bajar el precio—decidieron.

Pero tampoco así encontraron comprador. Un nuevo rico no lo encontraba bastante lujoso; unas señoras solas tenían miedo a que estaba muy alejado del centro. Una elegante no lo quería en un sitio tan apartado. Y cada desaire a su hotel lo sentían ellas clavarse en su amor propio.

Fué Casilda la que tuvo la idea genial.



PI-PENS

—¿Y si admitiéramos huéspedes?

—Primeró protestaron todas.

—Ser criadas de los desconocidos.

—Meter gente extraña en casa.

Pero poco a poco se fueron convenciendo. El hotel era grande. Su plano consentía tener habitaciones independientes. Ellas podían utilizar las del sótano y reducirse para vivir, con tal de conservar el salón donde recibir a sus amistades.

Era preciso no olvidar que eran cuatro muchachas jóvenes. A Enriqueta no le faltaban pretendientes, entre los que podría elegir un buen partido. Marta tenía novio desde hacía cinco años y esperaba paciente el ascenso a capitán para casarse. Si Casilda no hubiera sido una virgen feroz se podía haber casado ya bien; pero ella escapaba como potranca de la dehesa que huye a la vista del macho. Su esquivéz llegaba a la grosería. Sentía una repugnancia física hacia el novio, y jamás había logrado la madre que tolerase la compañía de un pretendiente. En cuanto a Rosalía con sus romanticismos, no quería hacer caso de los buenos muchachos que la cortejaban; sin duda esperaba un poeta, su Caballero del Cisne, como le decía burlescamente la coquetuela Enriqueta.

En las habitaciones que quedaban libres, en el primero y segundo piso, había para tener siete huéspedes, o más, si eran matrimonios.

Se decidieron. Era así como podían conservar su hotel. Sin duda todos los dueños de hoteles que se ven obligados a venderlos piensan primero en el alquiler o en admitir huéspedes. Los que no lo hacen es por imposibilidad; pero ellas estaban en condiciones de poderlo hacer.

Entre doña Juana y las cuatro hijas, ayudadas por la fidelidad perruna de Sebastiana, bien podían tener la casa de huéspedes. El despacho del padre, que era independiente, serviría de comedor. Todas las otras siete habitaciones eran anchas, espaciosas, soleadas y con muebles de lujo. Los huéspedes estarían allí como en su casa. No era la fonda vulgar, sino una pensión de familia, regentada por verdaderas señoritas, donde los huéspedes vivirían en un magnífico hotel.

Aquello lo salvaba todo. Podrían vivir, trabajando, sin que nadie se enterara y sin la desgarradura de desprenderse de su concha.

Quedó decidido; y allí, a la luz de la lámpara, reunidas todas, hasta Sebastiana, se escribió el anuncio que había de enviarse a la prensa:

#### “PENSION IDEAL”

## II

Estaba la casa llena siempre. Bien es verdad que ellas, que eran tan puritanas, habían tenido que transigir con muchas cosas.

No era cosa de pedir la partida de casamiento a cada pareja; ni se podían meter en averiguar la vida y milagros, ni de exigir el certificado de buena conducta o de honestidad de cada persona que recibían. Lo importante era que molestasen poco y pagasen bien.

Los primeros huéspedes que llegaron les proporcionaron una alegría tan grande como mismo tenían a verlos marcharse y no volver. Por eso doña Juana fué cediendo a todo. Bajó los precios, ofreció el desayuno con churros a discreción y su ropa limpia... A los que querían pensión completa se les daba espléndidamente de comer. Doña Juana buscaba la mejor carne, el mejor pescado, las mejores frutas. Les daba vino, café, copita... y no era exigente para el pago. Se hubiese sofocado de pedirle dinero adelantado a alguno, ni de recordarle que había vencido su mensualidad. A veces hasta pagaba cuentas de sus huéspedes, o les prestaba hasta que recibiesen dinero.

La *Pensión Ideal* justificaba su nombre.

Doña Juana era como señora necesaria para ser explotada, que no falta jamás, como providencia de pícaros, en medio del egoísmo de las grandes ciudades.

Y parecía que los pícaros oían esa clase de patronas y se avisaban

unos a otros. Sabían que con sólo hacerse simpáticos pueden vivir varios meses sin pagar, con tal de dar de cuando en cuando algún piquillo que mantenga la confianza y evite los conflictos.

Al principio, doña Juana y las niñas se habían mantenido alejadas, queriendo dar la sensación de señoras que alquilan una parte de su casa y de su mesa pero que no son sirvientes ni mucho menos pupilas.

Pero insensiblemente se habían acostumbrado a la nueva fase de su vida. Empezaron a convivir con sus huéspedes, a hablar con ellos, a coquetear y a ser amigos.

La única que permanecía alejada era Marta. Su novio, muy descontento de todo aquello, entraba en casa y no le hubiese perdonado una sombra de familiaridad con nadie. Estaba decidido a casarse para llevársela de allí.

Ella le pagaba aquel cariño con una reclusión perpetua en su cuarto, a pesar de las burlas de las hermanas y los regaños de la madre. Su novio merecía aquello por lo mucho que la quería. ¡Qué diferencia entre él y el novio de Enriqueta que se había marchado para no volver más!

Verdad es que Enriqueta se distraía con todos los de dentro y los de fuera de casa. Coqueteaba hasta con el panadero y el carbonero.

La más útil era Casilda con su gesto de Valkiria bárbara. Era la menos simpática a todos pero trabajaba desde por la mañana hasta la noche.

Las otras eran más frívolas y agradables, más condescendientes. Se habían acostumbrado a la nueva vida y entrado en ella sin darse cuenta. En ocasiones recibían regalos, flores, bombones y hasta dinero para que se comprasen un recuerdo. Estaban desconocidas.

Lo malo era la frecuencia con que los huéspedes se renovaban. A lo mejor se iban los que más confianza les inspiraban, sin pagarles y hasta debiéndoles anticipos, pero eso quedaba compensado por los otros que se portaban bien. Eran *quiebras del oficio*, como decía doña Juana, que no por eso se curaba de su buena fe.

En un principio estuvo inquieta por la familiaridad de las niñas con sus huéspedes, pero ya se había despreocupado. Tenía confianza en que ninguna de ellas era capaz de tolerar nada que no fuese decente, y que en su casa no se atrevería nadie a faltarles. Todos sabían que eran verdaderas señoritas.

Las dejaba en libertad de hablar, de coquetear, de tener bromas, de entrar en todas las habitaciones.

Les gustaba sobre todo tener hombres por huéspedes. Eran preferibles a las mujeres.

—Dan menos tormento, incomodan menos—decían para justificar la preferencia que se pudiera atribuir a la influencia del sexo y que se las cre-

yese amigas de andar con hombres y gastar el tiempo en discreteos y coquetuerías.

Y en el fondo tenían razón. Los hombres pasaban todo el día en la calle. No tenían las delicadezas excesivas de las mujeres ni exigían tantos servicios como ellas.

Algunas señoras metidas en casa todo el día se aburrían y empezaban a llamar, a mandar, a molestar. Pero lo peor eran las entrometidas que llega-



ban a entrar en sus habitaciones particulares o que se plantaban en la cocina sin miramiento alguno.

Además, las mujeres eran envidiosas. Les tomaban odio a las niñas, jóvenes y bonitas; les tenían rabia porque les eran tan simpáticas a todos los huéspedes.

Así mientras los honores las mimaban y se encantaban con ellas las mujeres se cebaban diciéndoles cosas desagradables. Les dirigían esas estocadas encubiertas de la esgrima femenil; dejaban caer las apreciaciones humillantes, insidiosas, encubiertas, indirectas, que a veces aguantaban,

pero que por lo general eran origen de desagradables escenas, que daban por resultado casi siempre la partida de la huésped.

A la sazón tenían tres señoras. Una de ellas con su marido; ambos ya de cierta edad, con aspecto de gente acaudalada, muy tiesos, muy serios, que apenas hablaban con los demás, ni tomaban parte en las bromas de la gente alegre y satisfecha que ocupaba las otras habitaciones.

Doña Petra, que así se llamaba la dama, miraba con desconfianza casi agresiva, desde su altura de señora casada, a Mercedes, la jovencita que *apestaba la casa con sus perfumes*. Hacía que don Antonio, su marido, no la saludase siquiera.

Pero todos los huéspedes gustaban de Mercedes, y doña Juana y las niñas también, hasta Sebastiana, a la que daba grandes propinas, la prefería a los demás.

Mercedes era una sonaja; no había pena a su lado. Se pasaba el tiempo cantando, riendo; se trataba con todos, a todos les hablaba; no se enojaba jamás por las bromas pesadas que le tenían y encontraba la respuesta rápida, justa, atrevida, picante, de una manera que parecía que se encontraba las cosas dichas.

Decía que era viudita y que tenía que arreglar unos asuntos en el Ministerio de Marina. Era por eso por lo que recibía tantas visitas de señores bien portados y tantas cartas y continentales. Como tenía grandes relaciones, salía todas las noches, cenaba fuera de casa y se recogía al amanecer, cansada, fatigadísima. Solo la veían por la tarde que se entretenía un rato en embromar y revolver toda la casa.

Enriqueta era muy amiga suya. Se probaba sus sombreros, sus vestidos, con los que ella no se hubiera atrevido a presentarse, tan descotados y extravagantes eran, pero que le sentaban admirablemente.

La otra señora era una actriz vieja, amiga de la mocedad, que daba lecciones de declamación, y hablaba siempre de sus éxitos y sus glorias con un tono patético y altisonante.

En cuanto a los huéspedes masculinos, además de don Antonio, eran cinco, pues dos amigos artistas ocupaban el mismo cuarto. Esos no comían en la casa y se ignoraba si comían todos los días. Eran desordenados en todo, en el entrar y el salir. Días en que no se iban, días en que no volvían. Iban descuidadamente vestidos, no hacían gran gasto de agua, usaban una ropa interior vieja y escasa, que zurcían las niñas con toda su buena voluntad compadecidas de su miseria.

En su cuarto estaba todo revuelto, todo por medio, y el mismo desorden se observaba en el pagar, pues cada cinco o seis semanas abonaban una.

Otro de los huéspedes era un vejete, que miraba suspirando a las niñas, y les solía hacer versos, pues *su oficio*—como él decía—era escritor; si bien por no plegarse a las exigencias de editores sin conciencia, se reducía sólo a traducir.



En el piso último vivía un pintor, que recibía en su cuarto las modelos, con gran escándalo de doña Petra que aseguraba que se iba a mudar por no ver aquellos tipos y adivinar lo que adivinaba oyendo el rumor de las risas y las charlas.

Tenían dos extranjeros; un alemán fuerte, de barba roja, pesado y silencioso que no se trataba con nadie y engullía en cada comida un kilo de carne.

—El señor Herman—solía decir doña Juana—tiene un apetito que es una ruína.

Pero en el fondo estaba satisfecha de que hiciese honor a su cocina.

—Para comer como lobos los señoritos del segundo—decía Sebastiana—. Se comen una libreta entera con el desayuno, y siempre quieren repetir.

—Es que los pobres andan mal de fondos, quizás no comerán más en todo el día.

—Eso no es cuenta nuestra—argüía con su severo espíritu de hacendista, Casilda.

—Pero hay que ser humanos—replicaba Enriqueta a la que le gustaban los chicoleos con los dos muchachos.

—Es que tenemos que mirar por nuestros intereses—decía doña Juana.

Pero la mayor parte de los días, a pesar de este propósito, los invitaba a comer. Era la suya una comida a la española, sólida, abundante, casera, distinta de las casas de huéspedes. No sabía dar engañifas, de manera que le quedaba poco ganancia.

—No puede una hacerse blanda—decía perseverando en sus buenos propósitos—pero tampoco me ciega la avaricia. En sacando para vivir ¿qué más se quiere?

Pero el huésped predilecto era el otro extranjero, un sefardi de Salónica que se había conquistado las simpatías de todas, hasta de Clotilde.

Ella tan arisca con los hombres que se insinuaban, había sido amiga aficionada del judío, porque no le hablaba de amor jamás.

Se le aparecía con una ingenuidad de niño grandote, lleno de mimo, de inocencia y dulzura, a la que no estaba acostumbrada.

Desde el primer día que hablaron, él se manifestó con aquella sencillez que hizo sonreír a los demás y encontró un eco simpático en el alma de Casilda.

Hablaba de su mamá con una voz de niño doliente. Enseñaba las cartas que le había escrito y leía párrafos de ellas llenas del amor conmovedor para su alma, pero vulgar para el egoísmo de los otros.

Casilda hacía esfuerzos para suplir ella sola las incomprendiones de todos. Hablaba con el sefardita de sus apartadas ciudades orientales, don-

de sus barrios guardaban el carácter español, callejuelas estrechas, entrecruzadas, tiendas con los objetos expuestos al público, y en la puerta venerables viejos de barbas bíblicas, mocetones morenos y sanotes, muchachas de bellos perfiles y dulces ojos de almendra que respondían por los nombres de Celeste, Dulce, Cielo, Luna o Sol.

—Se quedaría usted sorprendida—le decía—de oír a toda esta gente hablar en español antiguo, pero incorruptible, y escuchar los gritos de los vendedores pregonando como en Sevilla “Agua fresca”, “Rabanitos”.

—¿Y cómo quieren tanto a España y a los españoles después de como los trataron?

—Atrae la raza, la tierra.

—Pues yo los odiaría.

Y el judío, sonriente, inalterable, con aquella alma sencilla incapaz de conocer el odio, respondía:

—Hay que perdonarlo todo.

Un día su amigo le reveló que la mujer que amaba lo había despedido de su presencia ignominiosamente, después de tres años de amor, al enterarse que era un judío. Sollozaba al contárselo.

—Me parece imposible; guardo sus cartas, sus retratos... sus promesas. Es para volverme loco.

—¿Tanto la amaba usted?

—Mucho.

—¿Entonces ya no volverá usted a amar?

—Amar, sí; a olvidar esta herida, no.

—¿Por qué no amó a una de su raza?

—Porque el corazón no me lo manda.

—Ella temería por su religión.

—Yo no iba a imponerle ninguna. No soy un fanático. Entre nosotros, las mujeres no intervienen en la religión; ni se las instruye en ella, ni van al templo, mas que una vez al año.

Y como veía el asombro de la joven acostumbrada a que la mujer mantuviese el fuego religioso entre los cristianos, le respondió tranquilamente:

—La mujer es un ser inferior y nosotros rezamos por ella.

—¿Pero desprecian ustedes a la mujer?

—De ninguna manera. Tiene el culto del hogar y tiene bastante.

Le volvía a leer las cartas de la madre, tan espirituales, tan dulces, tan sumisas; tenían algo de panal bienoliente, que se exprimía en el alma. Sólo en aquellas mujeres resignadas a su segundo término, pasivas, se podía hallar aquel espíritu de abnegación.

A Casilda le gustaba recibir la ducha tibia, la caricia de aquella bondad primitiva en las confidencias del sefardita.

Oyéndolo hablar de la madre, de las hermanas, de la casa lejana, ella

se iba sintiendo cautivada por el sefardi. El amor que el joven sentía por la mujer que lo traicionó lo recogía ella en su ansiedad, pensando que podría ser amada así.

Su amistad era tan íntima, que todo el mundo los creía novios.

Las hermanas se reían de ella. En vez de interesarse por un muchacho alegre y decidior se entretenía con aquel hombre tan melancólico, que ni siquiera le hacía el amor.

Como el invierno era crudo se reunían de noche todos al amor de la inmensa chimenea encendida en el salón, excepto Marta, que bajo la vigilancia adormilada de Sebastiana, conversaba con su novio en la cocina, hasta donde llegaba el ruido de las risas y las voces de sus hermanas.

Mercedes estaba poco rato en la tertulia; a primera hora, ya pintada y vestida para irse al teatro, y hasta que ella se marchaba no venían doña Petra y la vieja actriz.

Casi todas las noches había pelea entre las dos. La actriz disculpaba a Mercedes, que la recordaba los días de gloria de su juventud, y la otra satirizaba a las mujeres que se alejan del hogar y las buenas costumbres. La actriz solía contestar con bala rasa a las indirectas, haciéndose, a veces, necesaria la intervención de todos los demás para que cesasen en sus injurias y no viniesen a las manos.

Fuera de esos incidentes en los que el marido no tomaba parte, y parecía no enterarse, absorto en jugar al ajedrez con el escritor, la tertulia se deslizaba alegremente.

Enriqueta ponía juegos de prendas, en los que todos tomaban parte, menos el pintor, que tenía que estudiar, y el alemán que miraba serio, bebiendo una botella de cerveza, como si viese una función de teatro.

Pero de cuando en cuando el pintor soltaba una carcajada, y aprovechaba la atención que despertaba su risa para leerles un chiste, algo subidito de color, de algún periódico festivo.

—¿Pero es así como estudia usted?—decía la desagradable doña Petra.

—Son ratitos de descanso, señora.

—De todo quiere Dios un ratito—disculpaba amable la actriz—. No va a ser solo estudiar. Yo, los papeles que he hecho con más brillantez... el de Anita... delante del rey de Suecia, cuando visitó Madrid, lo aprendí mientras leía una novela de Eugenio Sué... No se escriben ahora esas obras, ni hay ese entusiasmo... Me echaron palomas, coronas...

—¿Y en qué año sucedía eso?—preguntaba burlesca la casada, dejando desconcertada a su rival.

—Seguramente en el que usted se casó—respondía reponiéndose.

—Ya habría llovido antes.

—No tanto... Somos de una misma quinta.

—¡Qué más quisiera usted!

—¿Va usted a echarla de niña?

Oportunamente interrumpía el lector con otra carcajada.

—¡Qué célebre!—aplaudía—. Vean. “¿Yo?... Yo no he sabido nunca a qué nación pertenecía porque como mi padre era intérprete”. ¡Já, já!

Las niñas habían repartido un refrán que tenía que acertar uno de los bohemios, al que habían echado fuera de la habitación.

—Ya puede usted entrar—dijo una de las chicas.

El joven apareció en la puerta del comedor y con la cabeza de medio lado, para oír mejor, dió lentamente tres palmadas.

Todos a una voz pronunciaron la palabra que les tenían encomendada, resultando un grito, un alarido inarticulado en el que no se comprendía nada. Solo el sefardí, con su dificultad en hablar español, pronunció deletreando:

—Es-tor-nu-dar.

El acertador cogió la palabra y rehizo el refrán.

—Más vale sudar que estornudar.

—Eso no vale.

—Eso no vale.

Exclamaron algunas.

—Es que ha oído al señor Levy.

—Es trampa.

—He acertado legalmente—respondía el joven.

Los jugadores de ajedrez, inmóviles, con la mirada fija en las figuras, sin oír ni ver nada de lo que pasaba en torno suyo, runruneaban:

—Hum... hum... hum... hum...—el uno.

—Jem... jem... jem... jem...—el otro.

Pasaban así, sin cambiar, medias horas enteras; solo por el tono se adivinaba cual estaba contento.

—Me voy a comer ese rey—decía Don Antonio.

—No tan fácil—respondía el periodista.

Siguieron el ¡Hum! ¡Hum! y el ¡Jem! ¡Jem! otra vez.

—¡Este sí que está bueno!—exclamó el pintor leyendo de nuevo—. “¿Ha terminado el niño el bachillerato? —Sí, y no sé si darle una carrera o meterlo en un Banco. El banco es mucho más descansado que la carrera”. ¡Je, je!

Las chicas reían tratando de adivinar una palabra dada.

Era Casilda la que preguntaba a la actriz.

—¿Cómo es?

—Alta.

—¿De qué color es?

—Pizarra.

—¿Dónde la colocaremos?

—En esa mesa.



La joven pasó a uno de los bohemios sin adivinar.

—¿Cómo es?

—Con dientes.

—¿De qué color es..

—Acero.

—¿Dónde la colocaremos?

—En el campo.

—Una cabeza de ajos—acertó la joven ufana.

Todos se echaron a reír.

—No es eso.

—¡Como tiene dientes!

En este momento el periodista dejó su canturía para exclamar:

—¡Jaque a la reina!

Casilda preguntaba a doña Petra.

—¿Cómo es?

—Larga.

—¿De qué color es?

—Herrumbrosa.

—¿Dónde la colocaremos?

—En una carpintería.

—¡Sierra!—exclamó alegre la muchacha.

—Usted se queda.

—Eso de herrumbrosa no está bien contestado, no es un color—dijo la actriz.

—Me olvidé de preguntarla a usted para que me aconsejara.

Se cernía la tempestad.

—Lo que yo no comprendo—intervino doña Juana—, es porqué Albertito dijo que era rubia y blanca.

—Porque me acordaba de la señorita Sierra—repuso él.

Todos rieron.

—Escuchen esto—exclamó el pintor.

Pero la voz de don Antonio dominó:

—¡Jaque al rey!

Era como un regicidio consumado.

El alemán se puso de pie como si terminada la partida que veía seguir nada más le interesara y se marchó sin dar las buenas noches.

Eso no le chocaba a nadie. Debía ser hombre de costumbres rudas, porque un día que al llamar a doña Juana esta le contestó: Servidora de usted, se quedó mirándola muy asombrado de aquella fórmula de cortesía.

—¿Servidora mía? ¿Y por qué es usted servidora mía, señora?

Detrás de él salieron despidiéndose apresurados los dos bohemios.

—Esos van a hacer alguna fechoría—dijo doña Petra.

—Siempre está usted con lo mismo—repuso la actriz—. No he visto mujer más desconfiada.

—Es que todos esos ruidos que hace noches no dejan dormir a nadie en casa, los produce alguien.

Protestaron las jóvenes.

—¿Y cómo iban a entretenerse en eso los pobres muchachos?

—Yo vigilaré—prometió el judío.

En efecto, hacía algunas noches que se oían ruido de cadenas y algo así como si arrastraran cacerolas de metal, ya por un lado, ya por otro de la casa. Se necesitaba averiguar qué era aquello.

Apenas habían entrado todos en sus cuartos se oyó el ruido de algo

qué se desplomaba en el piso de arriba y la actriz apareció en el pasillo con gorro y camisa de noche.

—Se me ha caído la cama.

—¿Pero cómo puede ser eso?

—Es imposible.

Protestaban doña Juana y las niñas que tenían su orgullo en las hermosas camas doradas que habían llevado para cada huésped y a las cuales pasaban la gamuza todas las semanas.



—Pues véanla en el suelo.

Había que rendirse a la evidencia. Alguien ~~había~~ <sup>había</sup> preparado aquella caída desabrochando los largueros.

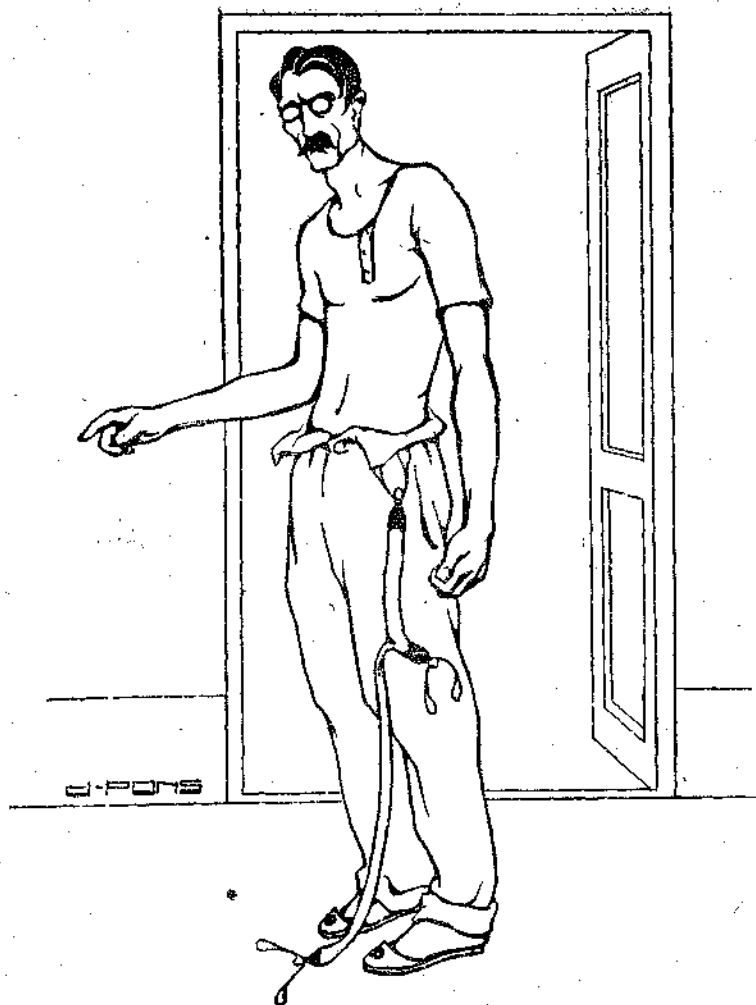
—Esto es una cosa preparada.

En aquel momento apareció el alemán.

—Usted se ha caído, señora, y yo no me puedo meter en la cama...

Me han hecho con la sábana de arriba una cartera.

Doña Petra chillaba desde el fondo de su ~~alcoba~~ <sup>alcoba</sup>.





—Está visto que se han propuesto no dejar dormir a nadie en esta casa. Nos quieren hacer creer que hay duendes.

—Pero son bromas de mala ley—exclamó el periodista apareciendo también en ropas menores—. Me han puesto tinta en el lavabo.

Hacia tan desdichada figura, que hasta los más enfadados no pudieron contener la risa, aumentando así su indignación.

—¡Quisiera saber quién es el hijo de su madre que se entretiene en esto!—chillaba.

—Estas cosas no suceden en ninguna parte—creaba doña Petra.

El sefardi, llamado por Casilda, hacía esfuerzos por meter el pie en la penera de su pyjama, fuertemente cosida, para no dejarlo pasar.

Todos sospechaban de los dos bohemios, aunque éstos eran de los que más chillaban contando las atrocidades que sucedían en su alcoba.

Don Antonio, empujado por su mujer, tomó la palabra en nombre de todos, dirigiéndose a doña Petra, para que hiciese cesar aquel escándalo de su casa.

—¡Pero yo qué culpa tengo?—decía ella.

—Debe usted echar a las personas que no deban estar con nosotros.

—¡Yo no sé quién puede hacer esto!

—Pues es bien fácil de adivinar...

—¿Lo dice usted por nosotros?—preguntó uno de los jóvenes.

Como él vacilara, doña Petra se adelantó.

—Puede...

—Pues me lo va a repetir en la calle.

Lo agarró de las solapas y comenzó a tirar de él que estaba inmovilizado de espanto.

—¡Comprometedora!—exclamó la actriz volviéndose contra su eterna rival—. Usted tendrá la culpa de lo que suceda.

Los bohemios seguían tirando del pobre don Antonio y zarandeándolo a despecho de los esfuerzos de Levy y el periodista para quitárselo.

Todas las mujeres, asustadas, chillaban a un tiempo. Doña Petra pedía socorro.

Resonaron en la calle dos fuertes golpes dados por el sereno, atraído por el escándalo. La necesidad de salvarse los tranquilizó a todos.

Rosalía, más serena, explicó a la autoridad nocturna que a una señora le había dado un ataque de nervios, y le recomendó que estuviese cerca por si había que ir a la botica.

La prevención fué acertada, para evitar que aquello continuara.

Cada uno se dirigió a su habitación, mirando con rencor a los otros, y diciéndose a coro:

—Mañana mismo nos iremos.

—Nos iremos.

### III

Doña Juana entró sigilosa en la casa, seguida de Sebastiana, con su gran capacho de la compra al brazo.

El desayuno lo preparaban ellas, y las dos solas hacían la cocina para los huéspedes que tenían pensión completa. Las niñas ayudaban a limpiar la casa, a preparar la ropa, pero no había podido acostumbrárselas a madrugar.

Así se quedaron sorprendidas de encontrarse con Rosalía, ya vestida, peinada y dispuesta para salir.

—¿Pero qué es eso? ¿Dónde vas?—preguntó la madre.

—A enseñarle Madrid a Mr. Kubelic.

No pareció extrañarse doña Juana; pero añadió:

—¡Tan temprano!

—Quiero que vea la parada de Palacio y los frescos de Goya en San Antonio de la Florida.

—Pero mujer—observó doña Juana—. ¿Lo vas a llevar a ver la parada como si fuera un isidro?

—Es un "checo"... un extranjero, de una tierra donde todo es distinto de lo que hay en España.

—Razón de más para que eso no tenga interés.

—Pues te engañas... Le gustan todos los cuadros de color... las cosas típicas... Tú no entiendes de eso...

Se separó de la madre y subió la escalera de dos en dos para ir a llamar suavemente a una puerta.

—Mr. Kubelic.

—Señorita.

Se abrió la puerta y apareció un joven alto, muy moreno, con grandes ojos negros, dientes muy blancos, un poco carniceros, perfil aguileño, con larga melena y un aire de melancolía interesante.

—Si usted quiere podemos tomar el desayuno y marcharnos.

—Al momento.

Sebastiana puso en la mesa del comedor, cubierta por un gran mantel blanco, ornado de encaje inglés, el tazón de café con leche para Rosalía y la jicara de chocolate muy espeso, chocolate de fraile español que encantaba al extranjero, el cual había aprendido a decir todas las mañanas, mientras mojaba su ensaimada.

—“Las cuentas de Dios claras y el chocolate espeso.”

Estaba llena la casa otra vez. Doña Juana se hacía lenguas de la suerte que tenían para encontrar huéspedes.

Después del escándalo de aquella noche, se le habían ido doña Petra, la actriz, el alemán, el periodista y hasta el sefardita.

No le quedaron más que los dos bohemios y Mercedesitas; que aun estaban riendo de la tragedia. Se les había querido presentar como culpables, pero, seguramente, era una intriga de doña Petra para estrellar a la actriz.

Lo que más habían sentido es que hasta el sefardita hiciese causa común con ellos y también se marchara.

Casilda lo vio partir con el alma llena de desesperación. Fué entonces cuando conoció la parte de su vida que había dado a aquel extranjero. El no le había dicho jamás una palabra que pudiese alimentar una esperanza y sin embargo ella se creía con todos los derechos para quejarse de su ingratitud.

En los primeros días las distrajo la llegada de los nuevos huéspedes. Hacían cola pidiendo ser admitidos en la *Pensión Ideal*.

Ellas, animadas por el éxito, encontraban la manera de utilizar todas las habitaciones; la despensa, el cuarto de plancha, el cuarto de Sebastiana, de manera que ya llegaban a tener quince cuartos disponibles, que solían ser treinta huéspedes, pues se ocupaban de dos en dos.

Habían vendido parte de su salón para comprar camas doradas y armarios de luna. Eran habitaciones tan sanas, tan alegres, tan confortables, que los felices huéspedes que las habitaban se sentían felices en ellas y hubiesen querido poderlas pagar.

En cuanto se quedaba una habitación vacante, acudían en tropel a solicitarla.

En ninguna parte se comía como allí ni se gozaba de tanta libertad.

Huésped había que se comía cinco o seis churros en el desayuno, aprovechándose de aquello de “churros a discreción” que había ofrecido doña Juana.

Lo malo era que no tropezaban con gente formal.

Ellas, había que confesar que no sabían administrar, no habían nacido para aquello, como solían decir.

Gracias a que la pobre Sebastiana seguía desempeñando sus quehaceres con la rutina de las bestias que con los ojos tapados, y uncidas al mayal dar vueltas a la noria, se sostenía todo aquello.

Los huéspedes colaboraban con ella. Se sentían todos en su casa. Se metían en la cocina a buscar la comida o el agua caliente y hasta metían los dedos en la sartén para sacar las patatitas calientes a medio freir. Se armaban todos los días fiestas y merendolas, en las que tomaban parte las niñas, en especial Enriqueta, que andaba siempre enamoriscada, metiéndose en todos los cuartos. Todos los meses había huéspedes nuevos, cuando los anteriores se habían ido sin pagar.

Se proponían no admitir gente sin informes, pero, ¿cómo cerrar las puertas a aquellos que llegaban a media noche con maletas o baúles, o a los que venían metidos en un ómnibus de estación?

No se les ocurría que la mayor parte de ellos eran falsos viajeros, atraídos por la fama de la *Pensión Ideal* donde se divertían, comían espléndidamente, instalados como príncipes y no tenían que pagar.

Aquella fama alejaba del hermoso Hotel a las gentes serias que hubieran podido habitarlo. Era defecto de ser mujeres solas y ser tantas mujeres.

Iban solo gente alegre, muchachas como Mercedes, cupletistas, modelos... Los hombres eran estudiantes, artistas, bohemios, parejas de ocasión que se fingían esposos para sus breves lunas de miel.

Gracias a que era hotel suyo y no los podían echar, pero todo el barrio estaba escandalizado del jaleo que armaban y de la clase de gente que recibían. Hasta el sereno guñaba maliciosamente el ojo cuando alguien le mandaba abrir aquella puerta.

Se habían reanudado las veladas con juegos y bailes, a los que no sólo asistían los huéspedes, sino los amigos y amigas de los huéspedes.

Acababan apagando la luz, dando carreras por toda la casa, escondiéndose en los cuartos, cuyas puertas cerraban.

Todo aquello hacía que se criticara a las niñas en el barrio. Habían dejado de tratarlas todos los amigos que tenían en vida de don Fermín, y la familia del novio de Marta se oponía a las relaciones, si bien él, que sabía como la joven no salía de su cuarto, condenada a componer y planchar toda la ropa, por tal de no ver a los huéspedes, seguía siendo fiel a su cariño y al propósito de casarse con ella y retirarla de su familia.

Casilda, desde su desengaño del sefardi, había cambiado de tal modo, quizás por aturdirse y olvidar su pena, que hacía la competencia a su hermana Enriqueta en coquetear con todos.

Rosalía estaba enamorada del checoslovaco, al que le enseñaba los paisajes madrileños y las obras de arte.

El checo no era un contemplativo como el sefardi. Se le encandilaban los ojos con una llamita verde allá en el fondo, a la vista de todas las muchachas guapas.

A la primera semana de salir juntos, en vez de ir a los museos fueron al campo.

—Me gusta más la Naturaleza que los museos—le confesó—. Yo soy poeta.

—¡Poeta! ¡Cuánto me gustaría oír sus versos!—exclamó ella.

—En mi tierra dicen que soy un gran poeta, pero yo no escribo más que en checo.



—Se podrían traducir.

—No sé hacerlo.

—¡Qué lástima! Debe ser muy difícil el checo.

—No más que los otros idiomas que aprenden ustedes. Es que como somos un país pequeño nadie se ocupa de nosotros.

—Yo quisiera aprender el checo.

Desde entonces las veladas se las pasaba Rosalía dando su lección de checo y el día estudiando, mientras andaba arreglando las camas, en una gramática checa que había hecho venir de París.

Escribiendo los temas de las lecciones se declararon su pasión.

Desde entonces ya no iban a los museos ni al campo. Se veían en la misma habitación del hotel, con excusa de las lecciones.

—¿Por qué no le dices a mi madre que nos queremos?—solía preguntar ella en sus momentos de pasión.

—Porque aún no ha llegado la hora—le repetía él invariablemente.

Aquel día en cuanto salieron a la calle, ella le dijo:

—¿Por qué has querido que salgamos hoy?

—Porque tengo que decirte algo muy grave y he temido que se enteren en casa.

—¿Tan grave es?

—Me veo obligado a irme de España.

Rosalía se bamboleó como si le hubiesen dado una pedrada en la nuca y repuso:

—¿Y yo?

—Tú me esperarás.

—¿Pero porqué te vas?

—Es preciso.

Ella estaba acostumbrada a no insistir. Aquel hombre de perfil aguileño y de dientes tan blancos le causaba miedo. Por nada del mundo hubiera querido provocar su cólera. A veces, pasando su manecilla poco cuidada por las melenas de su amante, le decía:

—Me asustas, leoncillo mío.

—¿Por qué?

—Veo en el fondo de tus ojos y de tu sonrisa algo muy fuerte y muy temible.

—Es la crueldad y la fortaleza de mi raza—decía él.

Y solía añadir:

—Así como soy capaz de todas las ternuras, soy capaz de todas las crueldades. Si me engañases te mataría.

Rosalía, perdido el miedo ante la pasión, se recobraba para contestarle.

—Es que yo, que soy tan débil e incapaz de hacer daño a una mosca, sería capaz también de matarte a tí si me engañaras.

El anuncio seco de su partida, la aterraba. Iba a sobrevenir la lucha de muerte entre los dos.

Pero él la atrajo hacía sí:

—No puedo decirte lo que me pasa—dijo.

—¿Pero por qué?

—Las cosas ridículas matan el amor y yo quiero conservar el tuyo aun de lejos.

—No te entiendo.

—Pues bien,,, lo arrostraré todo,,, Mira.

Sacó del bolsillo una larga carta de caracteres indescifrables para ella.

—¿Qué es esto?

—Me escriben de mi casa. Interin dure la actual situación política no me pueden enviar ni un céntimo.

—¿Y eso?...

—Eso es lo que me ha hecho no hablarle de nuestro amor a tu madre y lo que me obliga a marcharme.

Rosalía tuvo un grito de pasión:

—Vive con nosotras hasta que todo se arregle.

—¿De limosna!

—¿No es tuyo todo lo mío?

—Imposible aceptar.

—Será un préstamo.

—Me humillaría.

—No es menester que se entere nadie.

Así quedó concertado entre lágrimas y sollozos. Rosalía le daría lo que necesitase para pagar la pensión y para sus gastos interin se arreglaban las cosas y podían casarse.

La joven lo arrostraba todo por no perder a su amante. La espantaba la idea de sufrir aquel dolor seco e inconsolable de la anemia que iba minando, ante sus ojos, a su hermana Clotilde, a pesar del frenesí de diversiones con que pretendía ocultarlo.

#### IV

La víctima más inmediata de ~~todo~~ aquello era doña Juana. A la pobre señora le costaba mucho trabajo hacer cuentas; y cada vez que tenía que repasar ahora las de sus gastos y sus ingresos no lograba entenderse; su bol-

sa acusaba, menos cantidad de la que resultaba de aquellos números deformes, desiguales y torcidos.

Era raro aquello, ahora que el checo y los bohemios le pagaban todos los meses puntualmente.

Eran huéspedes que se habían encariñado con la casa y no querían irse. Sentían la felicidad de verse en aquel hotel, tan confortable, que les daba la sensación de ser potentados.

Habían hecho entre todos como una conjura para no marcharse como hicieron los anteriores; pues la mejor época de la vida de todos aquellos muertos de hambre era la que disfrutaban en el hotel.

Doña Juana solía llamar a una de las niñas para que repasara las cuentas y aunque éstas las encontraban bien, el dinero no parecía.

Doña Juana hacía prodigios para sostener la pensión con la esperanza de llegar a tener gente que le proporcionara ganancia.

Había vendido ya todos sus muebles de lujo y agotado su crédito en todas las tiendas del barrio.

No podía salir a la calle sin que la llamaran de todos lados para preguntarle cuándo les iba a pagar.

El lechero amenazaba con no dejar ya más la leche. El panadero se negó a dar el pan. La cuenta de la carne era tan grande que el carnicero le amenazaba con los Tribunales.

Tenía todos los días acreedores en la puerta: el carbonero, el de la tienda de comestibles, la verdulera...

Sebastiana, que parecía haber recobrado la facultad de pensar ante lo desesperado de la situación le aconsejaba:

—Mucha pena me dará el día que salga por esa puerta para no volver, señora—le decía—, pero yo creo que no hay más remedio que vender el hotel y vivir modestamente con la rentita y lo que se pueda ganar.

—¿Pero no has visto que estas hijas mías son incapaces de ganar nada?—replicaba la señora.

—Pues desengáñese usted que para lo que menos servimos es para esto. Se necesita otro carácter y otras costumbres.

Doña Juana estaba convencida. Vefía ahora que las cosas no se podían improvisar, que era ya tarde para rehacer una vida que había corrido por tan diversos cauces.

Además, estaba convencida de que alguien le quitaba el dinero. Incapaz de sospechar de sus hijas, tenía miedo de tener ladrones en su casa, y miraba a todos con recelo.

Al fin un día se decidió.

—Van a embargarnos cuanto tenemos, porque es imposible pagar lo que se debe—les dijo—. Es preciso decidimos de nuevo a vender el hotel sea como sea.

Las hijas se escandalizaron. Excepto Marta, las otras vivían en el



atardimiento de aquel mundo en el que habían entrado. Le quitaban a la madre el dinero para sostener a sus amantes y para comprarse adornos y vestidos que fingían que les regalaban; pero no se les había ocurrido que la madre no podría seguir haciendo frente a la situación.

Entonces a los disgustos de la lucha material se unieron los disgustos de familia para la pobre doña Juana. No eran ya la familia unida que se aconsejaba y se alentaba en los primeros tiempos. Se habían convertido también en la familia de las casas de huéspedes, independientes unas de otras.

Aquello dió fuerzas a doña Juana. Estaba decidida a dejar la Pensión.

Pero la cosa no era fácil. Los huéspedes declararon que no se irían de modo alguno.

Reinaba en toda la casa la anarquía más espantosa. Entraban en la cocina o en la despensa a media noche en busca de bocadillos; disponían de todo a su antojo.

Quitaban los muebles de un lado para llevarlos a otro. Se entretenían en hacer juegos de agua en el jardín, y arrancar los árboles.

Un día el retrato de don Fermín, que presidía el comedor, apareció



con un bigote a lo kaiser y unas cejas torcidas en forma de S tendida entre los dos ojos.

Doña Juana estaba atemorizada. Le faltaban abiertamente al respeto sin que sus hijas la defendieran. Se sentía en poder de sus huéspedes. Tenía la idea de que se tramaba un complot contra ella, que la querían envenenar para quedarse libres y dueños de todo.

Su manía de persecución se convirtió en locura. No se atrevía a comer ni a beber nada en su casa. Dormía vestida, con la puerta cerrada, sin poder conciliar el sueño, por la certeza de que los enemigos la estaban acechando.

Aquella noche el ruido de gritos, de carreras, de llantos, tan a deshora la sobrecogió. No se atrevía a abrir la puerta a la que llamaban con violencia. Era Rosalía la que llamaba llena de lágrimas. Doña Juana no se enteró de lo que pasaba. Perdida ya la razón, en vez de abrir, se lanzó a la ventana comenzando a pedir socorro con voces desesperadas. En el mismo momento se abrió la puerta de la casa y un hombre salió corriendo y atropellando al sereno y a los guardias.

Era una prueba en favor del alegato de doña Juana que aseguraba que había entrado en su cuarto un hombre con una navaja en la mano.

Acusaba a sus huéspedes de estar concertados para matarla. Todos furiosos contra ella parecían darle la razón. Rosalía seguía desmayada sin que lograsen hacerla volver en sí. El que había escapado era el checo-eslovaco, sin que nadie supiera explicarse lo sucedido, pues la joven jamás confesaría el desengaño que le produjo saber que su poeta checo no era más que un carterista catalán que se llamaba Alberto Rocha.

Ante la insistencia de doña Juana los huéspedes se apresuraban a escapar. Sin duda todos tenían alguna cuentecilla con la justicia.

Cuando los guardias quisieron llevar a todos a la Comisaría, no quedaba ya nadie más que la familia de la casa.

Y fueron sólo doña Juana y sus hijas las que tuvieron que comparecer ante el comisario del barrio.

Desde aquel momento dejaba de existir la *Pensión Ideal*.

*Carmen de Burgos*  
*Colombine*

neuralgias y jaquecas desaparecen en cinco minutos con la **HEMICRANINA** del Dr. Caldeiro. 3 PESEÑAS. Pídase en farmacias.

Evita el dolor de muelas

**ELIXIR DENTIFRICO**  
Perfuma el aliento  
**Alcoholera. - Carmen, 10**

La calvicie es una enfermedad del cabello, que se evita usando el agua **La Flor de Oro** por sus propiedades tónicas. Con su uso desaparece la caapa y se estimula poderosamente el crecimiento del cabello con su primitivo color. Se vende en las perfumerias y droguerías.

## LA NOVELA TEATRAL

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL

**Galdós.**-49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La joca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.-\*\*Sor Simona.  
**Benavente.**-9. Todos somos unos.-102. La sopa encantada.-107. El marido de su viuda.-229. Más fuerte que el amor.-239. La princesa Bebe.-253. El dragón de fuego.-259. La ciudad alegre y confiada.-261. La gata de Angora.-263. La rosa de los sueños.  
**Quintero.**-66. Doña Clarines.-71. El patio, 75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.-\*\*Pepita Reyes.-258. El centenario.-257. La Zagalá.-284. El género íntimo.  
**Gulmerá.**-113. María Rosa.-114. Tierra baja.-196. Agua que corre.  
**Linares Rivas.**-16. El cardenal.-90. La cizaña.-101. Bodas de plata.-241. Cristobalón.-246. Toninadas.-250. Flor de los Pazos.-287. Sangre roja.-292. La razón de la sinrazón...-296.-Añoranzas.  
**Martínez Sierra.**-29. Primavera en otoño.-\*\*El ama de la casa.  
**Tamayo y Baus.**-136. Un drama nuevo.-209. La bola de nieve.-186. Lances de amor.-149. La locura de amor.-177. Lo pos...-14. Virginia.  
**Diezenta.**-6. El Lobo.-14. Soc. avivarse.-24. El señor Feudal.-38. El crimen de ayer.-60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.-\*\*Juan José.  
**Zorrilla.**-138. El alcalde Ronquillo.-130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El puñal del Godo.-171. La mejor razón la espada.-234. El Zapatero y el Rey (1.ª parte).  
**Villaseca.**-10. El Rey galgo.-23. Aben-Hameya.-37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla.-217. El Halconero.-\*\*El Alcézar de las Perlas.-28. La Gioconda.  
**Marquina.**-154. En Flandes se ha puesto el sol.-182. Doña María la Brava.-201. El retablo de Agreliano.-222. Las hijas del Cid.-195. El Rey trovador.  
**Ramos Carrión.**-84. El noveno mandamiento.-86. La tempestad.-85. La Bruja.-156. La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los ebrinos del capitán Grant.-178. Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-213. La criatura.-90. La marselesaa.-271. Agua, azucarillos y aguardiente.  
**Vital Aza.**-32. Francfort.-33. La Rebotina.-34. Ciencias exactas.-39. La Pravieta.-45. Prada y fonda.-50. Tiquis Miquis.-63. La...-157. Las codornices.-137. El su...-125. El matrimonio íntimo.-107. El cielo.-107. El señor cura.-131. de copa.-219. Con la música a e...-200. Perecito.

**Ramos Carrión-Vital Aza.**-147. El rey gobernador.-119. Zaragüeta.-183. Robo en despoblado.-151. El padrón municipal.-110. El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.-118. El rey que rabió.  
**Echegaray (Miguel).**-44. La viejecita.-50. Gigantes y cabezudos.-76. El dúo de In Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo.-178. La Credencial.-163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.-111. El octavo, no mentir.-303. Juegos malabares.-305. Meterse a redentor.-307. La morja descalza.  
**Arniches.**-2. La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas.-20. Dolorettes.-21. La señorita de Trévez.-43. La gertuza.-67. La noche de Reyes.-282. La chica del gato.-283. La heroica Villa.-285. Es mi hombre.-286. La pobre niña.-289. Los caciques.-298. La hora mala.-302. ¡Que viene mi marido!  
**Arniches-García Álvarez.**-15. Alma de Dios.-17. El pobre Valbuena.-70. El terrible Perez.-78. El fresco de Goya.-83. El retrato Górritz.-87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá.-121. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-106. Geste menuda.-122. El príncipe Casto.  
**García Álvarez-Muñoz Seca.**-\*\*8. El valdugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI.-34. La frescura de Lufiente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego.  
**Muñoz Seca.**-270. La pancha de marquesa.-273. La verdad de la mentira.-275. Los pergaminos.-276. La razón de la locura.-278. La cartera del muerto.-280. El Condamo de Mairena.-141. La barba de Carriño.-193. Faustina.-288. Los misterios de Laguardia.-291. El último pecado.  
**Muñoz Seca-Pérez Fernández.**-267. Pepe Conde o El mentir de las estrellas.-268. La fórmula 3 K3.-7. Trampa y cartón.-27. López de Coria.-187. Los amigos del alma.-354. Un drama de Calderón.-200. Martingalas.-262. Trianeras.-253. La hora del reparto.-255. El parque de Sevilla.  
**Paseo Abati.**-13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.-206. Los perros de presa.  
**Vital Aza.**-74. La Corte de Farado.-75. Ana.-84. Pedro Giménez.-85. Pepe Gallardo.-190. F...-192. Enseñanza libre.-193. Cuadros de la Sol.-225. Las mujeres de El País de las Hadas.-249. Nacional.

**COMEDIAS**

1. Trata de blancas.-3 El músico.-4. Los semidioses.-5. Las cacañas.-18. El hombre que es todo  
 25. La eterna víctima.-23. Jimmy Samson.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primeros.-  
 38. Raffias.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Nove eros.-54. La Tiza-  
 na.-55. Miq... y su mamá.-57. Los gemelos.-92. La cena de las burias.-109. Franz Haller.-  
 103. La Tosca.-108. La tía de Carlos.-112. Fedora.-117. El oscuro dominio.-121. Los gansos u  
 Capitolio.-128. El director general.-133. ¡Focino del cielo!-134. Militares y paisanos.-135. Muñe-  
 re y veras.-139. Jarabe de pisco.-140. Papá Lebouard.-143. El Revisor.-144. Blasco Jimón.-  
 148. El crimen de la calle de Leganitos.-148. Lo que ha de ser.-152. Don Francisco de Quevedo.-  
 153. La Cictós.-156. El amor vela.-180. La señorita del almacén.-184. El Ladrón.-188. La pesca  
 del millón.-197. El señor Duque.-168. El Gobernador de Urbequeta.-173. Jettatore.-169. Situa-  
 ciones cómicas en el teatro español.-181. El Tenor.-182. El primerorro.-189. La casa de los  
 milagros.-190. El duelo.-192. Los amantes de Teruel.-198. La Canastilla.-199. Marcela, o ¿A  
 cuál de los tres?-203. La historia del Don Juan Tenorio.-207. Un negocio de oro.-208. También  
 la corregidora es guapa.-210. Mister Beverley.-212. La Dama de las Camelias.-215. Hamlet.-218.  
 La caracterización y las morcillas.-220. Los pipos.-221. El Gavilán.-224. Esclavitud.-226. Las  
 vírgenes locas.-217. El soldado de San Marcial.-230. El pelo de la dehesa.-231. El Corral de  
 la Pacheca.-232. Eavejeter.-233. El puesto de antiquités de Baldomero Pagés.-238. Don Gil  
 de las Calzas verdes.-240. El arte de declamar.-242. Zazá.-243. La casa de la Troya.-244. Juventud  
 de príncipe.-245. El mayor monarca, los celos.-247. Magda.-248. La moza de cántaro.-251. A  
 secreto agravio, secreta venganza.-264. Mi salvador.-269. La Tierra.-372. La república de la  
 broma.-279. Gerineldo.-293. Los pollos bien.-299. La clave de sol.-300. Frutería de Frutos.-304.  
 ¡Que no lo sepa Fernanda!-306. Alfonso XII, 13.-308. Santa Isabel de Ceres.-309. La luna de la  
 Sierra.-310. ¡Si fué don Juan andaluz!...-311. Margarita la Tanagra.-313. Constantino Pia.-315. Mi  
 marido se aburre.-316. El pobre Rico.-317. Larrea y Lamata.-318. La caseta de la feria.-320. Me-  
 chor, Gaspar y Baltasar,

**ZARZUELAS**

1. Charito la Samaritana.-22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha  
 de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempanica.-79. El  
 niño.-84. El padrino de «El Nene».-95. La balsa de aceite.-96. El señor Joaquín.-127. Tona  
 españolas.-158. Cantabres célebres de zarzuelas.-159. Ninón.-131. Los pendientes de la Tona.-  
 162. Pachó Virondo.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias.-170. La Chaharra.-172. El  
 sío del principal.-174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias y zarzuelas.-176. La suerte de  
 Luciano.-184. La tragedia de Lavina.-202. La canción del olvido.-204. La suerte perra.-205. El  
 III. Tonadillas españolas (2.ª parte).-235. Don Lucas del Cigarral.-238. El Príncipe Carnaval.-252.  
 La novelera.-262. Matías López.-265. Tonadillas y tonadilleras españolas (3.ª parte).-266. To-  
 nadillas y tonadilleras españolas (4.ª parte).-274. Tonadillas y tonadilleras españolas (5.ª parte).-  
 277. El chaleco blanco.-281. La Hoja de Parra.-290. El Avarés.-294. Chiribitas.-295. Tonadillas y  
 tonadilleras (6.ª parte).-297. La cartujana.-301. El corto de genio.-309. Arco Iris.-314. El gran Baja  
 319. Lola Montes.

**Número atrasado 10 céntimos sobre el precio de la obra. Pagar en la compra del ejemplar.**

**(\*\*) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA**

**REVISTA GALANTE**

Sus interesantes e intencionados artículos, donde cam-  
 nea la gracia picante y el bello estilo, y sus notables di-  
 bujos a todo color, hacen de este popularísimo semanario  
 una publicación verdaderamente excepcional.

**FLIRT es la única Revista que por el prestigio de**  
**laboradores artísticos y merece ser leída en**

Diríjase la correspondencia a **PRENSA** Calle Calvo Asensio, 3.-Ap

**SUSCRIPCIÓN** **DIAS Y AMI**  
**RICA, SEMESTRE** **5 PESETA**

**LEA USTED FLIRT**

**30 cts.**

46